



Por Nicolás Lynch



La década infame

El colapso de la autocracia fujimorista producida por su corrupción generalizada debe llevarnos a una profunda reflexión sobre lo que ha sucedido en el país y sobre lo que los peruanos debemos hacer para evitar que esto se repita.

Primero, el diagnóstico. Así como los neoliberales gustaron de llamar a la década de 1980 "década perdida", creo que la década del fujimorismo debemos llamarla, tal como sugiere Aníbal Quijano, la "década infame". Infame, que según el diccionario remite a vil, que carece de honra y estimación. Algunos quizás se podrán sorprender de calificativo tan drástico, pero es que la dictadura fujimorista no sólo no cumplió con ninguna de sus promesas sino que en muchos aspectos nos deja peor que antes.

El Estado peruano, que a principios de los noventa estaba severamente disminuido por los embates del terrorismo y la hiperinflación, no fue reconstruido, tal como se vanagloriaba falsamente el fujimorismo, sino reemplazado por un aparato de crimen organizado o mafia, que lo capturó para medrar en provecho particular. Lo que aparecía como afianzamiento de la autoridad pública y fortalecimiento de la legitimidad para mandar, no era sino el desarrollo de la capacidad de esta mafia para chantajear y extorsionar a la población en función de su permanencia indefinida en el poder.

Esto tuvo como consecuencia que se afanzara la idea de que la política era la continuación de la guerra por otros medios, por lo tanto, que al rival había que eliminarlo o subordinarlo sin reconocerle garantías ni concederle derechos propios de la competencia democrática. Esta idea de la política como guerra se trasladó al campo de la economía y se procedió "manu militari" a la más brutal concentración del ingreso que recuerde nuestra historia republicana. No es el mercado de los neoliberales lo que ha funcionado en la economía en estos años sino la *conchudez* extrema de los mismos grandes empresarios mercantilistas de siempre, bajo el discurso hoy neoliberal que ayer fue populista y anteayer gamonal. Lo que ha importado es confiscar, a la mayor velocidad posible, los activos del país y el salario y los ahorros de los peruanos.

Para ello se inventaron sus privatizaciones, su Sunat, sus AFPs, su refinanciamiento de la deuda externa y sus tasas de interés exorbitantes. Lo cual no ha tenido nada que ver con privatizar, cobrar impuestos, modernizar el sistema de pensiones o pagar la deuda, acciones todas de cualquier estado de-

mocrático que se precie de tal realiza, sino con poner en los bolsillos de unos pocos los recursos necesarios para garantizar su afianzamiento definitivo como grupo social dominante, aunque el control político se vieran obligados a entregárselo a la mafia.

¿Por qué pudo suceder este retroceso clasista y mafioso de los ochentas en el Perú? Por la incapacidad e irresponsabilidad política de todos aquellos que levantamos propuestas de transformación de la sociedad peruana en las décadas anteriores. Los diagnósticos fantásticos y las utopías irrealizables se juntaron con una severa irresponsabilidad personal en el liderazgo para ser incapaces de construir en el Perú una democra-

Refundar la República, volviendo a inventar políticamente al Perú. Esa es la tarea del presente

cia de partidos que forjara un Estado de Derecho que hubiera impedido la barbarie que hemos debido soportar.

La historia, sin embargo, parece terca con nosotros y nos brinda una nueva oportunidad. Debemos entonces asumir el reto, pero como señala el antiguo dicho popular "a grandes males, grandes remedios". Hay necesidad, por lo tanto, de regresar al principio, por más que ello sea históricamente imposible, formulando una consigna que vaya a las causas últimas: **Refundar la República**, volviendo a inventar políticamente al Perú.

Refundar significa a la vez que volver a empezar retomar lo mejor de nuestra tradición nacional, y supone un ejercicio radical de limpieza de toda la cochina amontonada por ambas décadas, la perdida y la infame. De esta manera se podrá empezar un verdadero proceso de reconstrucción estatal en democracia, en el que construyamos un Estado para que garantice el bienestar de todos los peruanos y no sólo los privilegios de algunos cuantos plutócratas y sus sicarios de turno.